LA VIDA

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,

SACADA

DE LOS CUATRO EVANGELISTAS.

JESUCRISTO, Verbo encarnado, ó el Verbo hecho carne, como habla S. Juan (*Joan.* 1), Hijo único de Dios, verdadero Dios, y como tal, igual en todo á su Padre, imágen de su sustancia, esplendor de su gloria, principio y fin por quien todas las cosas han sido hechas, y sin el cual nada se ha hecho de todo lo que ha sido hecho: Jesucristo, autor y consumador de la fe, orígen único de la salud, principio de toda santidad, no solamente es el Salvador y el remunerador de los santos, sino tambien su modelo, puesto que á los que Dios, por su presciencia eterna, ha visto que corresponderian fielmente á sus gracias, los ha predestinado por su pura misericordia para que sean conformes á la imágen de su Hijo, á fin de que sea él mismo el primogénito entre muchos hermanos, los cuales por esta conformidad lleguen á ser sus coherederos. A los méritos de Jesucristo son los santos deudores de su santidad, supuesto que ninguno llega al honor de ser hijo de Dios, sino por la adopcion que nos ha merecido este divino Salvador, y ninguno merece la herencia

celestial, sino imitando al divino Salvador, modelo perfecto de todos los santos. El cuadro de la vida de Jesucristo nos le retrata la vida de todos los santos, y esto es lo que nos ha obligado, despues de haber dado la coleccion de las vidas de los héroes del cristianismo, á dar en particular la historia de la vida y de la muerte de nuestro Señor Jesucristo.

§. I.

Misterio de la Encarnacion del Verbo divino.

Habiendo el primer hombre, que acababa de salir inocente de las manos del Criador, abusado de su libertad, y por su inobediencia incurrido él y toda su posteridad en la desgracia de Dios, habia por consiguiente perdido para sí y para todos sus descendientes todos los derechos que la justicia original les daba á la felicidad; constituídose esclavo del demonio, sumergídose en el fondo inagotable de miserias que son los tristes efectos del pecado original, y atraido sobre sí el diluvio de males que ha inundado toda la tierra.

Dios que habia previsto en la eternidad esta caida funesta, habia tambien en la eternidad resuelto repararla; pero como ninguna pura criatura, por mas perfecta que fuese, podia satisfacer plenamente á la divina justicia, á causa de la desproporcion infinita que hay entre la satisfaccion siempre limitada de una pura criatura, y la majestad infinita de un Dios ofendido; este Padre de misericordias habia determinado la encarnacion de la segunda persona de la Trinidad adorable, esto es, del Verbo eterno, el cual tomando carne se hizo Dios y hombre juntamente, y era el único que podia satisfacer como hombre, y satisfacer plena y dignamente como hombre-Dios á un mismo tiempo.

Y como este misterio es tan superior á la capacidad del entendimiento humano, era necesario hacerle accesible y verosímil por medio de señales sensibles y proporcionadas al alcance del entendimiento de los hombres: Dios, en efecto, lo ha hecho; y como la profecía es entre todas estas señales la que mas visiblemente lleva el carácter de la verdad, y la que hiere mas, se ha servido Dios de ella para suavizar, por decirlo así, el entendimiento humano, y hacerle creible lo que no podia comprender; y para mayor conviccion todavía, á la prediccion se ha dignado añadir la prueba de los milagros; otro medio seguro y sensible para hacer creible un misterio é incontestable un hecho por mas incomprensible que sea á las luces de la razon.

Apenas habia salido el mundo de las manos del Criador; apenas se habia verificado la caida del primer hombre, cuando se le habla ya de un libertador, de un salvador; se le muestra de léjos este hombre-Dios, el Mesías, cuyo poder habia de quebrantar la cabeza de la serpiente que le habia engañado, y hacer que el esclavo recobrase su libertad. Pasan algunos siglos, la inundacion general forma un nuevo universo, y Dios se acuerda de su palabra. Piensa en formarse un pueblo agradable á sus ojos; elige uno entre la multitud de naciones esparcidas sobre la tierra; su amor se complace en hacer brillar sobre él sus mas grandes misericordias. Se digna hasta de tratar, por decirlo así, con sus siervos, y dice á Abraham: «En tu posteridad serán benditos todos los pueblos.» Desde esta alianza tan santamente jurada comienzan, por decirlo así, á desenvolverse los designios de Dios, y por todas partes parece ensayarse el nacimiento del Mesías, del cual predice y anuncia hasta las menores circunstancias. Todos los grandes hombres del pueblo judío son igualmente que sus padres figuras de este divino Salvador; cada uno le traza á su manera, y todos juntos le representan tal como debe aparecer sobre la tierra. Todos los acontecimientos conducen á él; y los hombres á pesar de la diversidad de sus miras, no obstante la inconstancia de sus proyectos, no hacen mas que disponer, sin saberlo, las circunstancias preliminares de su nacimiento.

No se ha contentado Dios con esta prediccion general, ha enviado de tiempo en tiempo profetas para que anunciasen á Israel su Redentor; ellos marcan el tiempo preciso de su venida, su concepcion milagrosa en el seno de una vírgen, el lugar de su nacimiento, y todas las circunstancias de su vida y de su muerte; y todos hacen de él un retrato tan verdadero, tan justo, tan semejante, que no es posible equivocarse respecto de él.

«El cetro no saldrá de Judá (*Génes.* 49), dijo Jacob cerca de mil setecientos años antes de Jesucristo, y siempre se verán capitanes, magistrados y jueces de su linaje, hasta que venga el que debe ser enviado, y será la espectacion de los pueblos.» Ha venido, en efecto, este Mesías vaticinado, y no ha sido, segun la prediccion, hasta que el cetro habia salido de Judá, y cuando el pueblo era gobernado por estranjeros. El cumplimiento ha verificado la profecía en la persona de Jesucristo; y sin mas que leer lo que estaba predicho, se reconoce visiblemente el Mesías en Jesucristo.

La profecía de Daniel fija todavía mas determinadamente la época de su advenimiento, y da una idea mas exacta aun de sus circunstancias

Dios ha fijado los tiempos á setenta semanas de años, que hacen cuatrocientos noventa años, *en favor de tu pueblo y de tu ciudad*, dijo el ángel Gabriel al profeta Daniel, *á fin de que las prevaricaciones sean abolidas, que el pecado tenga fin, que desaparezca la iniquidad, que la justicia eterna aparezca sobre la tierra, que las profecías queden cumplidas, y que el Santo de los santos reciba la uncion sagrada* (*Daniel* 9); como si dijera: que el Verbo se haga carne, y sea llamado el Ungido del Señor. *Pasadas setenta y dos semanas, el Cristo será condenado á muerte, y el pueblo que ha de negarle, no será mas su pueblo. Un pueblo con su jefe*, habla de los romanos mandados por Tito, *destruirá la ciudad y su santuario; será reducida á una entera ruina, y la desolacion que se le ha anunciado se verificará despues del fin de la guerra. El Cristo confirmará su alianza con muchos en una semana, y en medio de la semana serán abolidas las hostias y los sacrificios antiguos. La abominacion de la desolacion estará en el templo, y la desolacion durará hasta la consumacion y hasta el fin.*

Era tan precisa y tan clara esta profecía, que cuando Jesucristo vino á la tierra, todos los judíos estaban persuadidos que el término de su libertad y de sus esperanzas, señalado por Daniel, habia llegado. Los doctores como el pueblo estaban en la espectativa; contábanse, por decirlo así, las horas, y se hubiese dicho que todos los dias se buscaba con los ojos á aquel que el cielo habia prometido desde el nacimiento del mundo, y que, segun el cálculo del Profeta, debia aparecer en aquellos dias. Esto fué lo que obligó tambien á los doctores y al pueblo, luego que S. Juan comenzó á predicar, á persuadirse que podia muy bien este nuevo predicador ser el Mesías.

§. II.

Cumplimiento de las profecías en la persona de Jesucristo.

No hay uno entre los demás profetas que no haya anunciado al Mesías; ninguno que no haya espuesto algunos rasgos tan manifiestos y tan circunstanciados del nacimiento, de la vida, de la muerte y de la resurreccion del Salvador, que puede muy bien decirse que su retrato estaba concluido muchos siglos antes de su nacimiento.

David, este rey profeta, este hombre segun el corazon de Dios, ofrece en sus salmos la historia profética del Mesías; y nadie hay que no reconozca en la pintura que hace de él la historia compendiada de Jesucristo. Vénse en ellos las promesas de la venida del Redentor, de la vocacion de los gentiles á la fe, del establecimiento de la Iglesia. El salmo segundo mira únicamente al Mesías: señala en él el Profeta la divinidad de Jesucristo, la estension de su imperio, su poder, la conspiracion de sus enemigos, y el castigo que deben temer los que rehusan someterse á sus leyes. El tercero contiene una figura de Jesucristo en su pasion. El veinte y uno, su oracion en la cruz. El veinte y siete, la persecucion de la Iglesia. El treinta y nueve es la figura de Jesucristo padeciendo y glorificado; y el cuarenta la de la traicion del perfido Apóstol. El sesenta y siete es una profecía visible de la venida de Jesucristo, de sus victorias, de los misterios cumplidos en su persona y del establecimiento de la Iglesia por sus apóstoles. El setenta y uno predice la adoracion de los magos. El ochenta y siete es una figura sensible de Jesucristo, que ora á su Padre en el tiempo de su pasion. En el noventa y seis describe David la segunda venida de Jesucristo el dia del juicio universal, y en el ciento y seis la vocacion de los gentiles y el establecimiento de la Iglesia. El ciento veinte y ocho nos representa visiblemente á la Iglesia victoriosa de las persecuciones, y puede decirse que todo lo que el Rey Profeta refiere de los malos tratamientos y de las persecuciones sangrientas que ha sufrido de parte de Saul y de su propio hijo Absalon, es una alegoría continua de lo que Jesucristo ha sufrido de su propio pueblo; y aunque parece que David habla de su propia persona, es muy claro que lo que él dice no puede aplicarse mas que al Salvador divino de quien él mismo era la figura. *Me han traspasado los pies y las manos*, dice en el salmo veinte y uno, y han estendido tan violentamente mi cuerpo y estirado en tal manera todos los miembros, que seria fácil contar todos sus huesos. En este lastimoso estado, añade, soy para ellos un espectáculo agradable, y sus ojos se alimentan con mis dolores; en fin, para que no quedase ningun género de suplicio han repartido á mi vista mis vestidos, y mi túnica la han jugado á la suerte. Vése bien patente, que nada de todo esto conviene al Profeta, y que todo este salmo debe entenderse á la letra de Jesucristo, á quien David hace hablar en la cruz.

Hasta la ciudad en que debia nacer el Salvador ha sido vaticinada.

El profeta Miqueas, despues de haber anunciado á Judá las desgracias que debian sucederle, consuela á su pueblo y le promete un nuevo libertador, el Mesías que debe nacer en Belen de Efrata en la tribu de Judá: *y tú Belen de Efrata, tú eres pe-*

queña entre las ciudades de Judá, sin embargo, de tí saldrá el que debe reinar en Israel, cuya generacion es desde el principio y en toda la eternidad (*Mich.* 4), aunque no aparezca en la tierra sino en el tiempo. El Profeta distingue á Belen de Efrata, de donde era la familia de David, de otra Belen, que era de diferente tribu. Tan persuadidos estaban los judíos de que en Belen era en donde debia nacer el Mesías, que cuando el rey Herodes alarmado por la llegada de los magos preguntó á los sacerdotes y á los doctores de la nacion en dónde debia nacer el Mesías, no dudaron citar esta profecía, y responderle que debia nacer en Belen de Judá.

La profecía de Isaías gira toda sobre las circunstancias de la vida, de la pasion y de la muerte de Jesucristo, y es tan semejante el retrato que hace de él, que S. Jerónimo ha tenido razon para decir que se tendria á Isaías mas bien por un evangelista que refiere lo que ha sucedido, que por un profeta que vaticina simplemente lo que debe acontecer en lo sucesivo. El anuncia el modo maravilloso con que debe ser concebido el Mesías: *He aquí*, dice (*cap.* 3), el prodigio que debe suceder: *una Vírgen concebirá y parirá un Hijo, que se llamará Emmanuel*, que significa Dios con nosotros.

En la pintura que nos hace de la pasion de Jesucristo en el capítulo 53, se asemeja á los Evangelistas. *Le hemos visto*, dice, *y estaba tan desfigurado que apenas podia ya conocérsele.* Los Profetas veian el porvenir de una manera tan clara y tan positiva, que muchas veces hablan como de un hecho ya pasado. *Todo su cuerpo desde la planta de los pies hasta lo alto de su cabeza no es mas que una llaga;* tan maltratado ha sido, añade, *que nos ha parecido el último de los hombres, un hombre de dolores.* Despues haciendo hablar al Salvador: *Yo he entregado mi cuerpo*, dice, *á los que me herian, no he apartado mi rostro de los que me ultrajaban y me cubrian de salivas.* Volviendo luego á tomar él mismo la palabra: *Ha tomado sobre sí*, dice, *nuestras propias miserias, se ha cargado voluntariamente con nuestras iniquidades, ha sido cubierto de llagas por nuestros pecados;* ha querido sufrir toda la pena; pero tambien es verdad que solo *por su sangre derramada hemos sido curados.* Por lo demás, continua el Profeta, *si ha sido inmolado por nosotros, es porque ha querido.* Nada ha habido mas libre que su sacrificio; así es que ni aun ha abierto la boca para quejarse. Será llevado á la muerte como una oveja que llevan á degollar, y guardará un profundo silencio, cual cordero mudo delante del que le trasquila. Pero como á pesar de las iniquidades ajenas de que ha

tenido á bien el cargarse, y de las cuales está inocente, es santo, es justo por escelencia, *justificará por su muerte el gran número de los criminales;* y porque se ha entregado á la muerte para la espiacion de los pecados, y ha rogado por los mismos que le quitaban la vida, verá una numerosa posteridad, reinará en todo el universo y mas allá de todos los siglos. ¿Quien no conoce el verdadero retrato de Jesucristo moribundo en esta pintura alegórica?

El objeto que han tenido presente todos los demás Profetas ha sido tambien Jesucristo. El es el blanco principal adonde se dirige la multitud de predicciones que manifiestan los rasgos mas señalados de su vida. Ninguno de los Profetas hay que no sea como el heraldo de este hombre-Dios, cuya santidad y divinidad publican, al paso que anuncian el tiempo de su venida. *El es nuestro Dios*, dice el profeta Baruch, y ninguno otro *subsistirá delante de él.* El es el que ha encontrado los caminos de la verdadera ciencia, y el que la ha dado á Jacob su siervo, y á Israel su muy amado. *Despues de esto ha sido visto en la tierra, y ha conversado con los hombres;* es decir, que este Dios cuya bondad es incomprensible, y su misericordia infinita, despues de haber instruido y preparado á su pueblo en la escuela de los Profetas, y haberle por medio de estos cuadros alegóricos y predicciones multiplicadas hecho capaz de un misterio tan superior al alcance del entendimiento humano, se ha hecho visible en la tierra por su encarnacion; y habiéndose hecho hombre se ha dignado conversar familiarmente con los hombres, y hacerse semejante á ellos.

Puede decirse que todo el viejo Testamento es una perpetua alegoría de los misterios contenidos en el Nuevo, y singularmente del de la Encarnacion del Verbo, bajo de los nombres figurativos de Cristo, ó Ungido del Señor, de Libertador, de Cabeza, de Rey, de Enviado, de Conductor, de Mesías, de Salvador. Por medio de estas pinturas alegóricas ha querido el Espíritu Santo familiarizar, por decirlo así, el entendimiento humano á una verdad contra la cual naturalmente se rebela toda su razon, y hacerle capaz poco á poco de la fe de un misterio tan superior á los sentidos y á la razon.

§. III.

Otras predicciones en órden á la venida del Salvador.

Como el Verbo divino no debia hacerse hombre solamente para

los judíos sino tambien para los gentiles, quiso Dios, al parecer, que tambien en medio de la gentilidad se encontrasen oráculos que vaticinasen la Encarnacion del Verbo, la venida del Hijo de Dios, y las principales acciones de su vida. Tales son las predicciones de las Sibilas, citadas por los antiguos Padres de la Iglesia, las cuales anunciaban tambien el nacimiento de Jesucristo de una madre vírgen, su pasion, su muerte, su resurreccion milagrosa y el juicio universal, que son los misterios mas interesantes, y los mas superiores á la capacidad del entendimiento del hombre. Como el don de profecía es un puro don de Dios, independiente del mérito ó de la indignidad del sugeto, como aparece en Balaam y en Saul en medio de los profetas, no es imposible que Dios haya comunicado este don á algunos de los gentiles, segun los designios adorables de su providencia.

San Agustin, este gran genio, superior á tantos otros, refiere en su libro diez y ocho de la ciudad de Dios (*cap.* 3) el vaticinio que habia hecho de Jesucristo la Sibila Eritrea, cerca de mil y doscientos años antes del nacimiento del Salvador. Cuenta este santo doctor la descripcion viva y enérgica que esta profetisa hace en versos acrósticos del juicio último sobre estas palabras: *Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador.* La pintura que hace en seguida de la pasion del Salvador, no es menos admirable; he aquí sus palabras como las refiere S. Agustin, despues de Lactancio y Eusebio de Cesaréa, que cita veinte y siete versos de esta misma Sibila, los cuales anuncian la primera venida del Hijo de Dios para unirse á nuestra naturaleza, y la segunda para juzgar al mundo.

«Será entregado en las manos impías de los que no han querido reconocerle (habla de Jesucristo); este Dios será abofeteado por manos sacrílegas, y cubierto de salivazos emponzoñados, que bocas impías arrojarán sobre él. Su espalda inocente será desgarrada por una granizada de azotes, y todo su cuerpo será magullado á golpes sin que salga una sola palabra de su boca. Su cabeza será coronada de espinas, y en medio de los mas crueles tormentos no se le presentará mas que hiel y vinagre para apagar su sed. Nacion insensata, tú no has querido reconocer á tu Dios, disfrazado bajo de los velos de la humanidad; y no solo por irrision, sino tambien por una crueldad inaudita, tú le has coronado de espinas y abrevado con hiel. El velo del templo se desgarrará, y en el lleno del mediodia se estenderá una sombría noche sobre la faz de la tierra por espacio de tres horas. Morirá en fin, pero su muerte por tres dias podrá llamarse un sueño, puesto que resucitará despues de estos tres dias, y su resurreccion

será acompañada de las de los que él llamará á la vida.» S. Agustin, que refiere esta prediccion, añade que la Sibila Eritrea vivia en el tiempo de la famosa guerra de Troya, esto es, mil y doscientos años antes del nacimiento del Salvador del mundo.

Habiendo, pues, dado Dios á los hombres el retrato de su Hijo tanto tiempo antes que se hiciese hombre, no era fácil equivocarse cuando apareciese este Dios-hombre. La relacion tan visible y la conformidad tan perfecta entre el modo con que el Mesías debia nacer, vivir y morir, segun la pintura que los Profetas habian hecho de él, y el modo con que Jesucristo ha nacido, ha vivido en la tierra, y ha muerto; esta conformidad, repito, hubiera podido bastar para desterrar toda perplejidad, toda duda; sin embargo, para que sobreabundase la manifestacion y la prueba, ha querido Jesucristo demostrar su mision, su omnipotencia y su divinidad con los milagros mas patentes y mas incontestables de que es un tejido continuado toda su vida.

Despues de una espectacion de cuatro mil años, llegado ya el tiempo prescrito por Dios, y señalado por los Profetas para la venida del Mesías, y cuando todos los judíos esperaban cada dia, segun su cálculo, ver aparecer el Redentor, que habia sido tanto tiempo el objeto de sus votos y de las promesas que se les habian hecho; se vió nacer el que debia ser el Precursor, Juan Bautista, aquel hombre maravilloso, cuya voz, segun Isaías, debia hacerse oir en el desierto, diciendo con fortaleza: *Preparad el camino del Señor, haced derechos los senderos de nuestro Dios, porque su gloria va á manifestarse, y toda carne verá el cumplimiento de lo que ha sido prometido* (*Isaias* 40): aquel ángel mortal, del cual habia dicho Dios por boca del profeta Malaquías: *He aquí que yo envio mi ángel, que preparará el camino delante de ti* (*Malach.* 5): en fin, aquel nuevo profeta y mas que profeta, que no debia anunciar al Mesías como venidero, como lo habian hecho los demás, sino que debia mostrarle como ya presente, como en efecto lo hizo, cuando viendo á Jesucristo esclamó: *He aquí el cordero de Dios, he aquí el que borra los pecados del mundo* (*Joan.* 1); y cuando en otra ocasion dijo: *Hay en medio de vosotros uno á quien vosotros no conoceis; este es el que debe venir despues de mí, no obstante que él es antes que yo, y al que no soy yo digno de descalzar los zapatos.*

Son bien sabidas las maravillas que sucedieron en la concepcion de Juan Bautista, cuyo ministerio de precursor del Mesias anunció el ángel Gabriel al anunciar á Zacarías, que á pesar de su avanzada edad y la larga esterilidad de su esposs Isabel, tendria un hijo que se llamaria Juan.

§. IV.

Concepcion de Jesucristo.

Hallábase Isabel en el sexto mes de su preñez, cuando el ángel Gabriel fué enviado por Dios á Nazareth para anunciar su concepcion y el nacimiento milagroso de Jesucristo, á la que habia sido elegida en la eternidad para ser su Madre sin dejar de ser Vírgen. Inmolábase María, dice S. Bernardo, á su Dios, en el fervor de la mas sublime contemplacion, cuando la apareció el ángel despidiendo rayos de luz; este enviado del cielo, lleno de respeto y de veneracion á la que él miraba ya como Reina del cielo y de la tierra, la dijo: «Salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres.» La vista de un ángel bajo de la forma de un hombre, junta al elogio magnífico que acababa de hacer de su virtud, causó á la mas pura y mas humilde de todas las vírgenes una sorpresa mezclada de pavor, que no pudo disimular, sin que supiese lo que queria decir una salutacion tan estraordinaria. Advirtiólo el ángel: «No temas, María, la dijo, porque eres muy amada de Dios para que tengas porque temer; yo vengo á anunciarte de su parte, que vas á ser madre de un hijo que será grande de todos modos, puesto que será al mismo tiempo Hijo del Altísimo. Como hijo tuyo, descenderá de David, en razon de ser tú descendiente de esta real casa; pero no debe subir al trono por derecho de sucesion; la corona que le está destinada, no será de la misma naturaleza que la de los reyes de la tierra, la cual concluye con ellos; su reino, que tendrá de Dios su Padre, no tendrá fin; reinará sobre todos los pueblos del universo; sus vasallos serán los verdaderos descendientes de Jacob, y los únicos herederos de las promesas hechas á todos los santos patriarcas; todo lo que los profetas han vaticinado del Mesías se cumplirá en él, y por la exactitud entre el vaticinio y los sucesos ninguno podrá equivocarle.»

María, que preferia la virginidad á que se habia consagrado con voto, á cuanto podia ofrecérsele por mas lisonjero y brillante que fuese, considerando la manera con que vivia con su esposo S. José, dijo al ángel, que no comprendia como podria verificarse en ella este gran misterio, porque habiendo desde sus primeros años consagrado á Dios su virginidad, parecia que no podia llegar á ser madre. El ángel, que ya esperaba que le propondria esta dificultad, la declaró entonces todo el misterio: «El Hijo adorable y eterno, la dijo, del cual serás madre en el tiem-

I.

CONTROL PUBLICO

po, no tendrá otro padre que el que le ha engendrado antes de los siglos. Tú no tendrás otro esposo que el Espíritu Santo, que siendo la virtud omnipotente del Altísimo, formará en tí el fruto que debes llevar, y al cual despues que le hubieres dado á luz, le darás el nombre de Jesus, esto es, Salvador. No temas, pues, nada, Vírgen santísima; léjos de oscurecerse el brillo de tu virginidad, viniendo á ser madre del Hijo de Dios, resultará mas brillante y mas pura; y para que veas que nada hay imposible, ni aun difícil para Dios, sabe que tu prima Isabel que naturalmente por la edad en que se halla no debia tener hijos, se ha hecho no obstante embarazada, despues de haber sido estéril hasta su vejez, y la que creia deber morir en su triste esterilidad está ahora en el sexto mes de su preñez.» Despues de esta esplicacion, comprendiendo María que podia ser madre sin dejar de ser vírgen, penetrada del afecto mas vivo de reconocimiento, de sumision y de humildad, dijo al ángel: *He aquí la sierva del Señor, cúmplase en mí su palabra*, por mas indigna que sea de una gracia tan singular.

Habiendo recibido el ángel esta respuesta, que llenaba al cielo y la tierra de la mas dulce alegría, se despidió de ella y desapareció. En el mismo momento, viniendo el Espíritu Santo de lo alto á su seno, y derramándose sobre ella como una sombra la virtud del Omnipotente, obró en ella el gran misterio, para el cual la habia preparado desde el primer instante de su inmaculada concepcion, y formó de lo mas puro de su sangre el cuerpo del mas bello de los hombres, y crió la alma mas perfecta que hubo jamás. Al mismo tiempo la segunda persona de la adorable Trinidad, el Verbo divino, se unió sustancialmente al uno y á la otra, y por esta union hipostática de la naturaleza humana con la naturaleza divina en la persona del Verbo, se hizo el hombre-Dios, Jesucristo verdadero Dios y juntamente verdadero hombre, hijo de Dios, consustancial con su Padre, verdadero hijo de María, la cual desde entonces quedó hecha verdaderamente Madre de Dios: en aquel momento todos los ángeles adoraron á aquel á cuyos méritos debian su perseverancia en la gracia; los hombres tuvieron un Redentor; y el mundo un mediador omnipotente entre Dios y los hombres, un Salvador. Por lo demás, aun cuando no se haya hablado aquí mas que de la operacion del Espíritu Santo en este inefable misterio, esta produccion milagrosa fué igualmente obra de las tres divinas Personas; atribúyense, empero, particularmente al Espíritu Santo las obras en que brillan mas la caridad y la misericordia, y tal es esta.